

La tierra de Dios

Claudia Casanova



Y como quiera que Dios sea el vencedor
en las batallas, a las veces todo lo más
deja en la buena industria de los hombres.

*Libro de los Doce Sabios
o Tratado de la nobleza y la lealtad*

Cayó sobre Sefarad el mal de los Cielos.

ABRAHAM IBN EZRA (1092-1167)

Me adentré en las tinieblas
donde solo se enciende el fuego
de sus ojos y de mi ánimo,
y caminé orgulloso, envuelto
en las túnicas de la oscuridad.

IBN JAFAYA
(451-533 de la Hégira)

Rocamadour

La tormenta no había hecho más que empezar.

—Aalis, hija mía. —El nombre murió en los labios agrietados de *dame Françoise*.

—Descansad, señora. Estáis delirando —musitó la hermana Simone, mientras limpiaba con un paño húmedo los brazos y el cuello, anegados en sudor, de la enferma. Escurreció el trapo en la vasija de barro cocido que le tendió Fátima y volvió a sumergirlo en la tisana de tila y romero que había preparado para aliviarle la fiebre.

—No... No puedo descansar. —La dama giró la cabeza a duras penas, ocultando sus lágrimas a la hermana. Miró la severa pared de piedra y recordó su pecado: dejar atrás su carne y su sangre, abandonar a su única hija, ceder su puesto sin luchar. Lo había hecho por orgullo. Creía que su esposo iría a buscarla al monasterio, arrepentido. En sueños, expulsaba a la campesina que un día horrible había aparecido en su castillo para arrebatarle su lugar al lado de Philippe de Sainte-Noire. Desde entonces, habían pasado diez años. Noche tras noche, las montañas que la rodeaban le devolvían el eco de su error. Una oleada de furia, rabia y disgusto agitó sus miembros. Exhausta, cerró los ojos.

—Señora! —conminó su cuidadora, asustada. Françoise

no respondió. La novicia miró a la dama con infinita pena. Simone ordenó:

—Que tenga la frente y el cuello lo más frescos posible. Hay que bajar la fiebre. ¡No tardaré!

Y salió de la celda sin perder un instante.

Los jinetes esperaron. El jefe de la partida, con el rostro oculto por el almofar que le protegía cabeza y pecho, levantó el brazo. Guantes de cuero repujado le cubrían las manos hasta el codo, y como sus hombres, un largo alquicel de terciopelo caía sobre la grupa ancha y los amplios costados de su caballo, un ejemplar de cuello largo y brillante pelaje gris. Ceñida a su cintura, asomaba por entre los pliegues una larga vaina curva, coronada por un puño de plata labrado de tracerías. En sus labios se dibujó una mueca de satisfacción.

—¡A la cima de la montaña! —rugió el cabecilla.

Los cascos de los caballos atacaron el camino que escala la inmensidad de piedra retumbando en el valle como una marcha de combate.

La tormenta descargaba una pesada lluvia sobre las rocas, como si los cielos quisieran volver a esculpir el perfil de Rocamadour. La hermana Simone subió trabajosamente los doscientos peldaños de la gran escalera que conducía al claustro, obligándose a no prestar atención al vertiginoso precipicio que asomaba a su derecha. Durante el día, la mera existencia de la iglesia excavada en el imponente macizo de piedra arrancaba innumerables exclamaciones de todos los peregrinos que visitaban por vez primera la abadía y su monasterio. Incluso ella solía detenerse a veces, maravillada ante la divina voluntad que había hecho brotar una ciudad fuerte de la Virgen en la cima de las montañas de Quercy.

Pero no esa noche. Sus pasos eran cortos y apresurados, y la congoja anudaba su garganta. Cruzó el patio y avanzó por los pasadizos de la residencia abacial. Se detuvo frente a la celda de la madre Ermengarde, se limpió con la manga la ligera capa de sudor y lluvia que se mezclaba en su frente, y golpeó la puerta. Al cabo de un rato que se le hizo interminable, oyó unos ruidos al otro lado y una voz le dio paso:

—Adelante.

Ermengarde estaba en camisola, envuelta en un manto de lana, y tenía las manos extendidas sobre el brasero, en el que crepitaban leños de madera seca, al pie de su camastro. La inesperada llegada de la hermana no había interrumpido su descanso: las noches en los claustros que coronaban la cima de Rocamadour solían ser cortas de sueño, pues no era fácil dormir con el aliento de la roca metido en los huesos. Además, llevaba dos días sin conciliar bien el sueño, desde que llegara la misiva del señor D'Arcs reclamando el regreso de su pupila, la novicia Fátima. Sería una lástima perder la generosa donación con la que, cada mes, la madre Ermengarde cubría el coste de alimentar y vestir a la joven, y con lo restante se permitía más de una extravagancia, como el relicario que descansaba en la capilla o el replantado de la huerta después de la gran helada del invierno pasado. Pero, sobre todo, la madre Ermengarde abrigaba grandes planes para la joven, y si ahora abandonaba Rocamadour, todo sería en vano.

Simone, agotada por la empinada subida y las horas pasadas velando a la enferma, se dejó caer en el borde de la cama. Ermengarde esperó a que la regordeta hermana recuperara el resuello. Por fin, Simone balbuceó:

—*Dame* Françoise está mucho peor.

Ermengarde se mordió el labio, disgustada.

—¿Cuáles son los síntomas?

—Fiebre muy alta. También tiene los brazos hinchados.

Le he palpado las axilas, y he creído notar... —Simone miró a la madre significativamente. Ambas habían rezado para que el repentino mal que aquejaba a la huésped de Rocamadour no fuera más que un enfriamiento de los humores que la estación invernal solía traer. De ser así, caldos calientes de aves y legumbres habrían bastado para fortalecer el cuerpo. Pero cuando el hervor maligno consumía las fuerzas de un enfermo, quería decir que la mortífera plaga se había incrustado en su cuerpo y en su alma. Nadie se recuperaba de la peste, y menos una mujer de constitución frágil como Françoise, que yacía encamada y delirante desde hacía dos domingos. Sin tiempo para lamentarse, Ermengarde repasó lo que había de hacerse: proteger a la congregación de cualquier posible contagio y procurar por la administración de los últimos sacramentos.

—El capellán tardará aún unos días en llegar —se limitó a decir.

—*Dame* Françoise no durará mucho —repuso Simone.

—¡No seas agorera! El asunto está en manos de Dios —cortó Ermengarde, momentáneamente exasperada por el pesimismo atávico de la hermana—. Da orden de que nadie más entre en su celda. Eso es lo más importante. Y trata de dormir unas horas antes de que toquen primas. —Al instante, se arrepintió de su exabrupto al ver el semblante compungido de la buena hermana—. Simone, has hecho un buen trabajo cuidando de *dame* Françoise. Me maravilla la entereza que has demostrado.

Simone se ruborizó.

—Tuve siete hijos y dos maridos, madre. A todos los perdí por causa de las fiebres. No sé por qué, pero el Señor jamás ha querido que la plaga me llevara.

—Tu compasión y tu caridad sin duda brillaron a sus ojos —respondió piadosamente Ermengarde—. ¡Muchas hermanas se han negado a compartir la carga de cuidar a

dame Françoise! Es admirable que hayas podido cuidarla tan bien, tú sola.

La hermana tragó saliva y confesó:

—Bueno, lo cierto es que alguien sí me ha ayudado.

Ermengarde enarcó las cejas:

—¿Quién ha sido? —preguntó, pensando: «tan generosa o tan estúpida». Una cosa era que la hermana Simone, veterana en más de una enfermedad y a prueba de todo mal, pasara largas horas a la vera de una moribunda de plaga, y otra muy distinta que sus jóvenes monjas pusieran en riesgo sus tiernas vidas simplemente para paliar el dolor de la que se extinguía.

—Fátima —repuso Simone.

La madre Ermengarde abrió los ojos, y sintió un torrente de ira subiéndole por la garganta. Exclamó, furiosa:

—¿Qué dices, insensata? ¿Has puesto en peligro a Fátima? ¡Si no llevaras aquí más años que las piedras, ahora mismo te echaba montaña abajo!

—No pude evitarlo, madre Ermengarde —exclamó Simone—. Ya sabéis que esa niña siempre anda detrás de cualquier animal herido para... bueno, para cuidarlo. —Las dos monjas se miraron, sabedoras de que ninguna se atrevería a decirlo en voz alta—. Aquel gato cojo del despensero que sanó tan rápido, y esa vez que llegó un águila con el ala rota a la cima del monasterio. ¡Y cómo volaba luego! Y aquella vez, cuando el leñero casi pierde tres dedos porque el hacha se le resbaló. Está en la naturaleza de Fátima: se enteró de que había una enferma grave y se interesó por ella. Pensé que nada malo le pasaría a la niña, y que quizá...

La madre Ermengarde intentó tranquilizarse. Interrumpió a Simone:

—Está bien, está bien. ¿Dices que ha estado a su lado? ¿Y que Françoise sigue peor?

La hermana Simone afirmó con la cabeza. La madre la miró, con una sombra de decepción en los ojos de ambas.

—Ya es un milagro que siga viva —aventuró Simone.

—Claro. Pero eso no es suficiente —dijo Ermengarde, sin darse cuenta.

Pasó pronto el momento de confianza entre las dos mujeres y la madre Ermengarde declaró:

—El guardián de Fátima ha pedido que la mandemos a Barcelona. Por eso me ha alarmado tanto que compartiera celda con *dame* Françoise. Tenemos que devolvérsela al señor D'Arcs en perfecto estado de salud. —Se contuvo para no añadir: «por mucho que me pese que se vaya de Rocamadour»—. La semana pasada llegó un grupo de soldados que vuelve a casa desde Jerusalén, y nos han bendecido con su visita. Viajan hasta Gerona, y les pediré que la acompañen, para que así no haga el viaje sola y sin protección.

La hermana Simone guardó silencio. Llevaba casi diez años en Rocamadour y Fátima siempre había estado allí, en el monasterio. Por supuesto que todas las monjas sabían que era distinta, pero eso saltaba a la vista. También recordaba la letanía que había aprendido, entre pasadizos y rumores, desde su primer día en Rocamadour, acerca de la futura marcha de Fátima. Empezó a musitar lo que debía hacer: despedir a la novicia, rezar por su alma.

—¿Qué dices? —espetó Ermengarde—. Es igual, atiende bien. Despiértame en cuanto haya novedades con... en fin, con Françoise. Y Simone, dile a Fátima que empiece a prepararse. Pero eso sí —añadió la madre superiora gravemente—, me temo que tendrás que cuidar de *dame* Françoise tú sola, hasta que le llegue su final. ¿Está claro?

La hermana asintió, sobrecogida. Ermengarde se dio la vuelta y oyó los pasos de Simone alejándose. La Virgen de la Roca sin duda les enviaba un tiempo de pruebas y dificultades. Por de pronto, habría que resolver la cuestión de Fátima. Y por si fuera poco, justo cuando menos le convenía, una de las inquilinas más apacibles y, por qué negarlo, rica

patrona de Rocamadour, se encaminaba irremisiblemente al encuentro del Señor. Como administradora de la congregación, Ermengarde velaría para que *dame* Françoise pudiera confesarse en cuanto llegara el capellán. Quizás incluso mandaría erigir una cruz de piedra en memoria de la dama y de sus buenos pagos. Una hermosa cruz labrada, con el nombre de la benefactora inscrito en la base, sería lo más apropiado. Reconfortada por la idea, se tendió en el camastro y se dejó mecer por la lluvia hasta conciliar el sueño.

—¡Vamos! Ya casi es tuyo, Aalis. —Hazim, doblándose de risa, soltó una carcajada que resonó por todo el valle de Padirac. Las paredes montañosas acogieron con un eco solemne tanto la algarabía del joven árabe como los desgarbados chapoteos de Aalis, que a duras penas se mantenía en pie en el lecho del brazo del río. Tenía las piernas heladas, y mil piedrecillas puntiagudas le aguijoneaban las plantas. Sostenía firmemente una rudimentaria lanza, con la punta ennegrecida y afilada, y trataba de no perder de vista a su adversario. Este se deslizó a un lado, luego al otro, y en un burlón desafío acarició sus tobillos.

—Maldito diablillo! —exclamó, disponiéndose a descargar la lanza con todas sus fuerzas—. Cuando te alcance, sabrás lo que es bueno.

—Me gustaría saber quién te ha enseñado a renegar como un soldado —dijo Auxerre sin levantar la cabeza, ocupado en mantener vivo el fuego.

—Las malas compañías. Disculpa si mis modales te han ofendido —replicó Aalis, apartándose un mechón de la frente—. Sucede que me hallo en medio de una escaramuza con un temible enemigo.

El esquivo contrincante se hundió en el río. Aalis dobló las rodillas hasta casi rozar el agua con sus faldones recogi-

dos, apuntó de nuevo con la lanza y la clavó. Hubo un forcejeo, y al instante la joven se irguió, triunfante, con la presa ensartada.

—¿Salmón o trucha? —preguntó Hazim, levantándose como una saeta.

—No me dirás que te importa después de dos días a base de pan seco y nueces mezcladas con moras, a cual más amarga. —Auxerre se acercó a Aalis, le dio un beso y se hizo con el trofeo. Los tres se acomodaron frente a las brasas, que pronto empezaron a despedir el apetitoso olor del pescado fresco a medida que se cocía. Aalis sacó su pelliza de piel de cabra, que el abad de Montfroid le había regalado antes de partir de Sainte-Noire, y extrajo con cuidado una bolsita no mayor que el puño de un recién nacido. Desatando el cordel, tomó un poco de sal con la punta de los dedos y la esparció encima del pez. Guardó la preciada sustancia, y echó una ojeada a los fardos que contenían sus provisiones. De los diez bultos con los que habían salido de Chartres, solo quedaban tres.

—Pronto tendremos que buscar el amparo de una villa —dijo Aalis, ligeramente preocupada.

—O podrías aprender a pescar más y mejor —apuntó Auxerre—. He visto niños que no medían más de cinco palmos habérselas con peces mayores que ellos, y feos como mil demonios, además.

—Veamos, ¿por qué motivo te has abstenido de sumarte a la partida pesquera, dejándome a mí la tarea de proveerlos a vosotros, gañanes, de alimentos frescos? —preguntó ella, recuperado el buen humor.

—Obviamente, no tengo ninguna gana de mojarme los pies —replicó Auxerre, serio aún pero con un brillo risueño en la mirada.

Estallaron los tres en risas, con la complicidad que confiere el haber cruzado ríos con las manos unidas para vencer

la corriente, compartir tres pedazos de pan, y aun el tercero enmohecido, y ver que las mañanas tienen los cielos más claros cuando el día anterior ha diluviado sobre los caminantes. Aalis observó disimuladamente a sus compañeros de viaje. Hazim, el joven árabe con el que había vivido una gran aventura en la corte de los condes de Champaña, sabía reír, comer y conversar a la vez. A pesar de que habían recorrido media Francia, y en buena parte de las aldeas y villas las gentes se detenían a escudriñar sin ambages su rostro moreno, el muchacho conservaba la misma despreocupación que cuando le conoció, sirviente y esclavo. Su ancha sonrisa blanca contrastaba con su piel oscura. En cambio, Auxerre no reía cuando Aalis se volvió a estudiar su rostro. Después de comer apenas la mitad de la ración del escaso botín de pesca que le correspondía, se había recostado y cerrado los ojos. Propio de él, pensó la joven. Pocas preguntas y menos palabras, un hombre que solo conocía el lenguaje de la espada y con ella se ganaba la vida. ¿Cómo era en realidad el capitán de la mesnada de su padre? Quizá su padre había pecado al quererla casada con un señor de mayor rango contra su voluntad, pero lo cierto era que Philippe de Sainte-Noire solo había tratado de buscar para su hija un matrimonio seguro, una vida tranquila. En cambio, el hombre que caminaba a su lado era un capitán sin sueldo ni caballo. Confiada, Aalis esbozó una media sonrisa. Algún día descubriría los secretos que Auxerre guardaba con labios sellados.

Las gotas de lluvia que empezaron a caer sobre su rostro traían el sabor de la piedra de las cumbres. Levantó la cabeza y trató de distinguir el perfil de Rocamadour. Pensó en su madre, retirada en una celda de la iglesia de las rocas. Sintió ganas de abrazarla.

—¡En marcha! —dijo Auxerre, de pie frente a ella y envuelto en su capa. El capitán se había movido en silencio y

con eficiencia, sin que Aalis se diera cuenta. Como si supiera que había llegado el momento de seguir avanzando.

La novicia estaba sentada en el borde del camastro, limpiando la frente de *dame Françoise*, cuando regresó la hermana Simone a la celda. La cara de Fátima estaba alumbrada por el resplandor del brasero, y alzó la vista con ojos profundos y verdes. Tenía el rostro mojado de lágrimas. Simone le acarició la suave mejilla.

—No llores, criatura —dijo.

—Es que nada se puede hacer —respondió la joven, señalando a la enferma.

Su voz desprendía dulzura, y una serenidad indefinible. Simone no le preguntó cómo lo sabía. En lugar de eso, se sentó en el taburete frente a Fátima y dijo, suavemente:

—Niña, préstame atención un momento.

La novicia se volvió a mirarla, intrigada. Simone prosiguió hablando, cautelosa:

—Sé que hace ya diez años te trajeron a Rocamadour. La madre Ermengarde aceptó cuidarte y convertirte en una buena cristiana hasta que llegara el momento en que te ordenaras monja, o volvieras con tu patrono. Pero eso quizá ya lo sabes —aventuró Simone al ver la expresión de Fátima.

—Las hermanas hablan —dijo la joven.

—Eres una niña obediente, y una alumna despierta, y tu corazón es bondadoso. Muchas veces le he pedido al Señor la gracia de estar a tu lado por mucho tiempo, porque de todas las novicias has sido la más aplicada en la enfermería del monasterio. Pero este día había de llegar, ya que así se dispuso. Dejarás el monasterio, y pronto partirás para Barcelona. —Un inmenso abatimiento hizo mella en el ánimo de Simone, como si la estancia estuviera inundada de tristeza—. Ojalá que Nues-

tra Señora de la Roca ilumine tus pasos. Anda, ve a prepararte, que ya cuidaré yo de *dame Françoise*.

—Por favor, hermana Simone. Dejad que me quede un rato más. Hasta que... —La novicia inclinó la cabeza, apenada. La hermana contempló las pupilas bañadas en lágrimas de Fátima e, incapaz de resistirse al dulce pesar de la novicia, asintió. La muchacha se arrodilló y abrazó su cintura, agradecida. Cuando levantó su rostro de ángel, enmarcado en la prístina tela blanca, la piel morena y los labios oscuros conformaron la viva imagen de una virgen negra.

—¿Es que no tiene fin este camino de mulas?

La escalada hacia Rocamadour se le antojaba interminable a Hazim. Delante de él, Auxerre encabezaba la marcha, acarreando los bultos, con un fardo en bandolera y los otros dos atados con un nudo, colgados del hombro; la espada, siempre a la cintura. Aalis le seguía, la cabeza gacha y enfundada en un capuchón de lana, anudado bajo el mentón con finas tiras de cuero. La muchacha se dio la vuelta e hizo un gesto burlón; Hazim se enfurruñó, pero su paso se hizo más ágil. Aalis se adelantó hasta alcanzar a Auxerre.

—¿Crees que tardaremos mucho?

El capitán tenía la cara empapada, y las gotas de lluvia le aplastaban el pelo contra el cráneo. Le brillaban los ojos de puro cansancio, y su capa desprendía una mezcla de hedor a suciedad, barro y madera. Se rascó la mejilla con las uñas ennegrecidas de tierra y repuso:

—No. ¿Ves aquel peñasco? El monasterio está al otro lado.

Pareció que iba a añadir algo, pero guardó silencio. Transcurrieron diez pasos, con las sandalias y los escarpes hundidos en la tierra húmeda, quebrando las ramas y deslizándose por entre las resbaladizas piedras mojadas.

—Pareces preocupado —aventuró Aalis.

—Este es un camino de peregrinos —dijo pensativamente Auxerre.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hace menos de dos horas, un grupo de jinetes ha subido por este mismo sendero. Cuatro monturas, quizá más —dijo el capitán—. Animales de raza, pertrechados para la guerra. Sus huellas se hunden en el fango.

—Muchos señores de rango abrazan el camino de la penitencia y deciden convertirse en peregrinos —repuso Aalis.

—Estos jinetes no cargaban arcones de piel y lana. —Auxerre frunció el ceño—. Ni sus caballos suelen verse al norte del Guadalquivir.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó Aalis, curiosa—. ¿Es allí donde te hiciste con esa capa? —Y señaló la rica vestimenta de terciopelo negro, cuyos bordes estaban cubiertos con arabescos plateados, que caía por los hombros de Auxerre. Sin embargo, la puerta que el capitán acababa de entreabrir se había cerrado de golpe. Su respuesta fue resuelta y jovial.

—Llevo demasiado tiempo trajinando nuestros fardos bajo la lluvia y tengo los sesos reblandecidos. Será como dices, la caravana de un rico señor y sus criados. ¡Esperemos que no acaben con las provisiones del hospedero del monasterio!

Aalis esbozó una sonrisa cortés. Nada se desprendía de la expresión de Auxerre. Hazim tosía y resoplaba a sus espaldas. La lluvia era el cuarto compañero de los caminantes, que prosiguieron su marcha en silencio. Al girar por el recodo, Rocamadour saludó a sus nuevos peregrinos desde la cima de la montaña.

En la solitaria celda, la oscuridad era completa, excepto por la lámpara de aceite, un sencillo cuenco de barro sostenido en un gancho por una cuerdecilla trenzada. Al lado de